

Juliana Marcela Ríos Vargas

Universidad Católica Luis Amigó

Trabajo de grado en Filosofía, junio de 2019

Colombia: los hijos de puta a través de los ojos de Fernando González

Planteamiento del problema

El complejo “hijos de puta” denominado así por el filósofo Fernando González, da cuenta de una realidad en Colombia desde su Colonización, debido a que desde este momento histórico creció un complejo de inferioridad y se refiere al desprecio que sus ciudadanos sienten por su país, y a la noción que estos tienen frente al extranjero como superior, esto se evidencia en la vanidad, concepto que El maestro de escuela utiliza como sinónimo de simulación. Tenemos todo copiado, desde constituciones hasta modelos educativos, porque justamente el colombiano según este autor tiene vergüenza de sus raíces, es vanidoso y por ello nada crea, o por lo menos no algo original, ni como producto de una identidad. Aparte de que esto afecta a la identidad cultural y al país en general, también afecta al individuo y su autoexpresión ya que esa cultura vanidosa le impide su automanifestación.

No muchos autores han abordado el complejo “hijos de puta” como objeto de estudio, sin embargo algunos estudiosos del maestro Fernando González como: Frank Bedoya, Damián Pachón, Santiago Aristizábal etc. Han retomado dicho complejo y han estado de acuerdo en que es un mal que aqueja a Colombia. Es preciso por consiguiente, hacer una investigación histórico-hermenéutica para comprender cómo surgió el complejo “hijos de puta” y qué tipo de repercusiones ha tenido en nuestro contexto social y en nuestro imaginario social.

Justificación

El maestro de escuela manifiesta en sus obras, que la vanidad es lo que antecede y le da origen al complejo “hijos de puta”, esta vanidad corroe a Colombia; ese afán por imitar lo de afuera desde constituciones hasta modelos cotidianos, es propio de los colombianos contemporáneos, como también lo fue en los años de vida del maestro, es por ello, que una investigación de este tipo permite evidenciar que son pocos los cambios de actitud de un ciudadano colombiano de principios del siglo XX al presente.

El colombiano contemporáneo desprecia a su patria, y cada vez más, intenta por vanidad adquirir una cultura que no es la suya, imitando todo cuanto puede del extranjero. Este tipo de actitud es denominada como la actitud de un “hijo de puta” y de algún modo en nuestros días sigue siendo vigente.

Dicho complejo desarrollado por el autor sigue tan claro en el día a día como en sus años de vida, esto es, debido a que el colombiano actual no se ha manifestado, sigue las ideas de otros países según la “moda” que impere en el momento: “vivimos la creencia de que lo europeo es lo bueno; nos avergonzamos del indio y del negro; el suramericano tiene vergüenza de sus padres, de sus instintos” (González, 1995), según esta cita entendemos el origen de la vanidad del colombiano y esta es, que el colombiano tiene vergüenza de sus raíces y es por ello que no hay una creación propia ni un reconocimiento de lo que es nuestro. Por tanto es una crítica profunda que nos invita a retornar hacia lo propio, dejando a un lado lo extranjero.

Pregunta problematizadora

¿En el contexto intelectual vigente qué tipo de repercusión posee en nuestro país el complejo “hijos de puta” de Fernando González en el imaginario social colombiano?

Objetivos

General

-comprender el complejo “hijos de puta” dentro del pensamiento Fernando González para visibilizar sus repercusiones dentro del contexto actual colombiano.

Específicos

-Evidenciar los orígenes de los conceptos vanidad e hijos de puta en el pensamiento de Fernando González a través de las obras “mi Simón Bolívar” y “Santander”.

- Dilucidar las consecuencias del concepto “hijos de puta” de Fernando González a partir de las obras “los Negroides” y “Visto por si mismo”

- Identificar en la obra de Fernando González, sus propuestas para abolir o contrarrestar el complejo “hijos de puta”.

Colombia: los hijos de puta, a través de los ojos de Fernando González

“¡Qué asquerosa es hoy mi patria! ¡Entre que gente tan sucia me correspondió existir! Verdad es que gente así hay en todas partes, pero no son tan descarados. Estos animales parecidos al hombre únicamente en la perversidad, son un castigo para la tierra” González, 1936

Capítulo 1

Fernando González fue un filósofo antioqueño, preocupado por su país y por el porvenir de este, mediante su crítica se vio florecer a lo largo de su obra, lo que sería la salvación para Colombia, sin embargo, después de 53 años de su fallecimiento, la tierra colombiana sigue estéril, tal vez incluso más que en los años de vida del maestro, él ya lo preveía, esto es quizás porque en su propio país, lo han desconocido siempre como filósofo y como pensador, sin duda una consecuencia directa del complejo que nos ocupa y al cual desentrañaremos desde su origen.

La filosofía de González es ante todo, vivencial y esta característica principal perduró a lo largo de toda su vida, esto le brinda un carácter auténtico, social, político y crítico a cada uno de sus libros, en especial a aquellos en los que aborda y desarrolla su pensamiento político:

“La filosofía de González es la respuesta a una sociedad que no se pregunta por lo propio y que quiere seguir viviendo de lo ajeno, de lo impuesto. Además, se proyecta como una crítica a todos aquellos pensadores suramericanos que continúan creyendo que los verdaderos problemas de la filosofía son

los que tienen que ver con las realidades europeas o, en la actualidad, norteamericanas, sin preocuparse por dar una respuesta a su realidad y a sus problemas inmediatos” (Rojas, 2008, pág. 7)

Un ejemplo en donde se evidencia lo anterior, es cuando vemos que dentro de un programa de filosofía, solo se tiene un curso dedicado a la filosofía Latinoamérica o cuando vemos a toda una facultad enfrascada en pensadores alemanes, extranjeros... y frente a las realidades propias e inmediatas, no tienen nada para decir o pensar .

Dentro del pensamiento político de Fernando González a simple vista, se destaca una dualidad existente, la cual halla su fundamento en dos personajes históricos importantes para Colombia: Simón Bolívar y Santander. Tan contrarios pensaba González que eran, que tituló dos de sus obras con el nombre de estos, uno de los libros se llama: “Mi Simón Bolívar” y el otro tan solo: “Santander”, que uno de los dos tenga el pronombre posesivo “Mi” y el otro no, no es debido al azar, si no parte de una crítica profunda a la historia colombiana. En el primer título El maestro de escuela se vale de su alter ego, Lucas Ochoa, para mostrarnos su propia biografía, la búsqueda de su ídolo Simón Bolívar y su estudio frente a la conciencia de este último y en Santander, su intención era desenmascarar a Santander como falso héroe nacional.

Simón Bolívar y Santander soñaban con la libertad de la Gran Colombia, pero al mismo tiempo sus ideologías eran tan diferentes, que los llevó a distanciarse, Bolívar sentía que Santander desde su vicepresidencia durante su campaña libertadora, no lo apoyaba lo suficiente, y después de que varios seguidores suyos intentaran matar a Bolívar, este último terminó por desterrarlo al acusarlo de traición... todos estos sucesos son importantes para una comprensión holística de la historia, ya que estos dos ex presidentes de la Gran Colombia conforman esa dualidad que Fernando González denominó como: *egoencia* y *vanidad*, dos conceptos que se ven personificados en estos, Simón Bolívar representa la *egoencia* y Santander la *vanidad*.

Para comprender el significado de *egoencia* en Fernando González, primero dilucidaremos dos conceptos muy importantes a lo largo de la obra del maestro, siguiendo a Antonio

Rivera en su artículo: *la filosofía política de Fernando Gonzalez: la lucha del pueblo suramericano*; entendemos a cabalidad los conceptos: *individualidad* y *personalidad*, según este mismo autor dentro del pensamiento de González; la *individualidad* es la serie de instintos y complejos concretados en un ser, mientras que la *personalidad* es la manera de autoexpresarse de cada individuo. La *egoencia* surge entonces, cuando la *personalidad* individual de un ser se automanifiesta y expresa. Simón Bolívar representa eso para Fernando, un hombre excepcional y auténtico, inclusive en su libro: *Los negroides*, menciona que Bolívar ha sido el único hombre que se ha manifestado en Colombia porque creó algo vivo, es decir, algo propio que representó su identidad y la del pueblo que pretendió libertar.

La *vanidad* en cambio, tiene un origen más histórico ya que surge desde el momento de La Colonización, al sentirse descubierto el indio colombiano, sintió vergüenza y con ello adoptó la simulación como forma permanente de vida y de cultura. Es decir que la *vanidad* es sinónimo de simulación, Pachón en *El pensamiento político de Fernando González Ochoa: del rastacuerismo a la autoexpresión del individuo* se refiere a lo anterior mencionando que la *vanidad* tiene dos orígenes: uno antropogenético, porque el colombiano no ha tenido un exhaustivo trabajo sobre sí mismo y otro histórico: el descubrimiento de América, porque al sentirse descubierto se siente avergonzado. La vergüenza es desde luego, los cimientos de la *vanidad* ya que induce a la simulación, este mismo autor retoma un concepto bastante interesante: el rastacuerismo, este último fue un término utilizado por primera vez en el libro: *“Noticias Secretas de América”* publicado en 1826 por los hermanos Jorge Juan y Antonio de Ulloa, haciendo referencia a criollos que aparentaban ser de la burguesía, lo que equivaldría en Fernando González a ser vanidoso, el cual es un antecedente que reafirma nuestra postura ante los rastacueros o vanidosos.

Teniendo claro ya lo que significan algunos conceptos clave, dentro de la filosofía política de Fernando González, nos adentraremos un poco a la historia colombiana para comprender cuáles la mentira histórica llena de *vanidad* a la que se refiere el maestro.

Como ya lo hemos mencionado antes, la base del mal que aqueja a Colombia empieza desde La Colonización:

“Los matices provienen de que tanto el negro como el español son sensuales y se juntan con indias, blancas y negras. Pero los españoles con remordimiento, a escondidas. Tenemos así mulatos, mestizos y zambos. Es un horno. Los padres tienen vergüenza del hijo mezclado, y el hijo se jacta del padre blanco y se avergüenza de la madre. De ahí la vanidad, la susceptibilidad del mulato y del mestizo” (González, 1971, pág. 22)

Esta es la base del complejo “*hijos de puta*” en la filosofía de Fernando González: la vergüenza que el mestizo sintió ante la mezcla de su origen ya que al no sentirse ni indio ni español, se sintió como un hijo ilegítimo. Pero ¿Qué es el complejo “*hijos de puta*”? Fue la manera en la que el autor nombró a sus compatriotas, por el desprecio que mostraron a su patria y la devoción extrema que mostraron hacia el extranjero y sus costumbres, ocasionando la simulación y el robo de estas:

“el suramericano que se avergüenza de su pasado toma, como suelen hacer los pueblos jóvenes, una decisión errónea: la de simular ser europeo, la de copiar lo que procede del viejo continente. El hecho de ser “hijos de padres humillados por Europa”, explica que simulen y exageren lo que tienen de europeo. El resultado es una personalidad vanidosa que no vale nada”(García, 2016)

Antonio Rivera en el artículo antes mencionado, habla acerca de este complejo de inferioridad y aclara que este no es más que el complejo de quien ha sido descubierto y siempre sucede cuando un pueblo se siente despojado de lo que le corresponde, sin embargo, con el tiempo siempre se supera, menos en Suramérica. Colombia desde luego, a los ojos de Fernando González nunca lo superó, los colombianos no volvieron a pensar de otra manera que como colonos, a excepción de algunos que lucharon por una independencia que uniera a su pueblo, pero lo cierto es que, estos colonos no estaban listos como pueblo ni comprendían la magnitud de dicha empresa libertadora, dejando en el olvido a quienes soñaban con una Colombia libre y unificada.

Un ejemplo de lo anterior, es que poco se sabe de personajes como Policarpa Salavarrieta o Nariño, pese a que la imagen de la primera, hace parte de la moneda de Colombia en el billete de diez mil, o por lo menos hasta que el nuevo billete, que se empezó a distribuir en el cuarto trimestre de 2016, termine por suplir completamente los billetes, en los que esta mujer tan importante aparece, es muy posible que algunos ni siquiera sepan quién es, esto quiere decir que su imagen y la de todos los héroes nacionales no ha sido más que vendida y prostituida por sus compatriotas.

Es por ello que Simón Bolívar para González surge en un tiempo tan hostil como la luz más ennegecedora y más esperanzadora para todos los colonos, ¡al fin saldrían del estado colonial! Aunque al final no fue así:

“En aquellos tiempos de montoneras errantes y dispersas, de poblaciones separadas y cuyas rivalidades y desconocimiento mutuo eran instigados por el régimen colonial, para evitar, precisamente, el nacimiento del espíritu de patria, Bolívar habla y vive para toda América. Es curioso, verdaderamente, que en tales tiempos apareciera semejante realista y realizador, unificado con su tierra” (González, Mi Simón Bolívar, 1974, pág. 139)

En medio de las colonias surgió este individuo en el que habitaban muchas ideas, en especial, aquellas de Rousseau que terminaron por unificarse en su ser; Simón Bolívar es para el maestro, la obra de la emancipación en América, el hombre que logró autoexpresarse, el único capaz de personificarse con el continente, su ideal fue crear una patria en Colombia.

En el Libertador Bolívar, se mezclaba la acción y el pensamiento, logró los cuatro principios en los que González resumía la actuación de la energía humana y de los cuales habla en la introducción de Mi simón Bolívar:

1. Saber exactamente lo que se desea
2. Desearlo como lo que se ahoga desea el aire
3. Sacrificarse a la realización del deseo

Su campaña libertadora la llevó con toda la entereza que sus instintos le permitieron, hasta el último momento de su vida, pero igual que Manjarrés, personaje que aparece en la obra: “El Maestro de Escuela”, fue un gran hombre incomprendido, Colombia no estaba lista para tal luz, y el sueño de la Gran Colombia solo se limitó a vivir en la mente de Bolívar y posteriormente, en la de Fernando González:

“Lo importante es entender que no había espíritu de emancipación y que las muchas castas y divisiones sociales creaban un panorama muy adverso para un sueño de libertad. Más aún que los criollos no tenían la visión para la creación de una nación, sino que simplemente aspiraban, por y vanidad, a tener el mismo poder del español, sobre los negros, indios mulatos” (Muñoz, 2009)

No salieron del estado colonial porque todo era mentira, El 20 de julio se celebra popularmente la independencia de Colombia pero esta nunca ocurrió, en esa época y según los autores Frank Bedoya y Fernando González no se tenía un verdadero sentido patrio, los criollos no querían liberarse de los españoles de verdad o por lo menos no, para liberar a su pueblo y emanciparse, el florero solo fue la excusa de algunos privilegiados para ocupar el puesto español para su propio beneficio:

“20 de julio. Francisco Morales y José González Llorente, chapetón y criollo, se habían agarrado y dado de trompadas en una tienda, por motivo de un florero: ¡Cabildo abierto! Los chapetones, sorprendidos, fraternizan. Junta Suprema: presidente, el virrey, pero ejerce el vicepresidente, don José Miguel Pey. Bailes populares, discursos: ¡Ya mandamos nosotros!... ¡Viva Fernando VII!” (González, 1971, pág. 30)

En esta ironía del Maestro, vemos la mentira de la historia: celebrar en Colombia una independencia que no existió, ya que ni siquiera el deseo real de emancipación estaba latente en los instintos de los ciudadanos de Colombia, Muñoz también menciona esta etapa de la historia y concuerda con González:

“El 20 de julio es en verdad una fecha que recuerda la sociedad bogotana que ha imperado en Colombia, por eso diría yo, que ahí, en ese tal grito, que terminaba con la frase “¡Viva Fernando VII!”, no se inicia la independencia, sino la comedia de la triste Nueva Granada. Nuestra verdadera independencia comenzó en un hombre llamado Simón Bolívar, Nariño pasó la mitad de su vida en la cárcel, Camilo Torres fue fusilado por Morillo, Santander se escondía en los llanos... Y bueno, sabemos más del tal florero que de las heroicas vidas de Policarpa Salavarrieta, Ricaurte o Girardot” (Muñoz, 2009)

Existe un contraste dentro del pensamiento de González, entre estos héroes nacionales olvidados y Santander, ya que la herencia de este último ha perdurado y permeado a cada colombiano a expensas de que el único libertador fue Simón Bolívar y hasta eso le han querido robar, muchos colombianos lo niegan como gran héroe nacional, acusan sus actos de egoístas, si bien Bolívar no estuvo solo en las batallas y durante su campaña libertadora, fue gracias a su ingenio que se llevaron a cabo, fue él quien soñaba con una conciencia suramericana, la independencia de Colombia es una campaña que fue totalmente su idea:

“Como Bolívar es el único que dio grandeza épica a la emancipación, vivificando las montoneras del continente americano, ha resultado preciso robarle, aminorarle, para que sean posibles los héroes nacionales. ¿Cómo hacer grande a Santander si no disminuyen a Bolívar? ¡Robémosle, pues, la campaña de Boyacá!... ¿Cómo engrandecer a Páez, al llanero valentón? ¿Cómo gestar a San Martín, sino a expensas del Libertador?”.(Muñoz, 2009)

Esta es una consecuencia de esa influencia que ha dejado Santander y ha agrandado el pueblo colombiano, la idea de campaña independista no hubiese sido posible en la mente de Santander.

Todo esto incita a una pregunta: ¿Por qué la herencia de Santander ha perdurado y la de Simón Bolívar, Policarpa, Ricaurte y Nariño, no? para responder a este interrogante, primero esclareceremos qué comprende González como héroe nacional, en su obra

Santander cumple este propósito, un héroe nacional según su texto no es propiamente una figura histórica si no un personaje que fue histórico y sobre cuya historicidad se va laborando la psiquis nacional, quitando aquí, agregando allí, puliendo, falsificando documentos mediante interpretación que cada individuo y pueblo le dan. Santander es entonces, una prueba de lo anterior ya que se ha constituido como la peor herencia en Colombia:

“La personalidad de Santander. Fue y continúa siendo un gran obstáculo. En Bogotá viven aún de su herencia. La literatura, la enseñanza, las costumbres, los ideales todos están envenenados por este hombre. La diplomacia colombiana, tan ruin, y que se opone a la unidad suramericana, procede de Santander” (González, 1972, pág. 91)

En la cita anterior se ve representada la forma de pensar del maestro González acerca de la influencia que Santander nos ha dejado, según este autor es de las peores que tenemos los colombianos, es una crítica contundente para Colombia en donde se dilucida el problema central: Santander como la *vanidad* misma, heredado a todos los colombianos, y Bogotá como la que ha impulsado la *vanidad*. Vemos también algo interesante en la aseveración hecha por el antioqueño y es el desdén hacia Bogotá, Fernando nunca estuvo de acuerdo con que Colombia tuviese una capital, decía que geográficamente esta no estaba constituida para tener capital:

“Dos modos de ser, dos caracteres, imperan a juicio de González en Colombia: el bogotano y el antioqueño. Bogotá representa la ciudad en la que domina la ley, los medios indirectos (el miedo al camino recto) y las conspiraciones. Por eso el bogotano, por excelencia es Santander, el hipócrita, el genio de la ley, el antiBolívar. La única esperanza, el único porvenir para el país se encuentra en Antioquia”. (García, 2016, pág. 112)

Fernando González veía a Antioquia como la única esperanza, pero lo cierto es que, de igual manera la imitación hace parte de esta ciudad y el sueño del maestro ha quedado en cenizas, al menos por ahora.

Es de esta manera que no hubo una independencia, o si la hubo esta no ocurrió en ningún otro lugar que en los libros de historia, ya que aun hoy vemos que tal cosa no existe:

“A pesar de su independencia, sigue siendo un apéndice emocional y político del territorio español (España sigue siendo la *madre patria*, el origen que se quiere comprar). Porque Sudamérica se libera, batalla, grita, vence, se endeuda con franceses e ingleses, pero todo sigue igual” (Ánjel).

En esta cita específicamente lo que nos muestra es que Colombia ha sido liberada o independizada solo aparentemente. Aunque el suramericano luche como lo muestra el autor aquí, todo sigue igual porque no se ha manifestado un pueblo que haya consumido sus instintos, según González sigue creyendo que es un español de segunda que no ha podido probar la pureza de su sangre y esto se replica día a día, la cultura prolifera la *vanidad*, ya que hay una relación estrecha entre la *vanidad* y la otredad, debido a que la vanidad no existe en el solitario porque justamente este, ya se ha desnudado quitándose los vestidos ajenos, se ha despojado de la vergüenza del colono y por ello decide alejarse de los demás. Entonces, de nada le sirve al pueblo que luche, si no expresa su personalidad individual, si se sigue avergonzando de sus padres, si condena al indio en el olvido y si sigue alabando al extranjero, porque de este modo, siempre vivirá en imitación:

“¡Qué triste ha sido Suramérica hasta hoy! ¡Qué tristeza, cuando el alma no se atreve con todo! Está sometida entonces a las formas corporales: los sombreros se tuercen del mismo modo siempre; los calzones se arrugan siempre de igual manera; si la insultan, repite el mismo gesto; iguales actos ejecuta ante la mujer y las mismas reacciones mecánicas tiene la vida. Eso no es pensamiento, memoria ni imaginación. Eso es acción determinada. Eso es el pueblo...” (González, 1994, pág. 67)

Eso es el pueblo colombiano, un lugar en donde no se crea nada nuevo, tenemos todo copiado, constituciones, leyes, costumbres, la pedagogía, métodos y programas, como lo mencionaba el maestro ¡aquí todo libro es plagiado! Todos se replican como formas muertas:

“no hacer nada: eso es virtud en la Gran Colombia. Niños buenos llaman a los que no oponen resistencia; yo llamo a los padres de esos niños, padres estériles” (González, 1995, pág. 65), La filosofía del antioqueño, es una filosofía en gran parte dedicada a la juventud, desde luego, pretendía que la juventud cambiara el panorama, el futuro y más que nada sus vidas por medio de la autenticidad, pero los jóvenes y los padres de estos, no son más que estériles, preocupados por seguir a la multitud. Esto conlleva a una relación entre lo anterior y la educación, ya que esta no debe basarse en educar o instruir ya que eso es cosa de rebaños en la filosofía de González, sin embargo, hay mucho camino por recorrer en Colombia, para llegar a ese ideal de educación, porque incluso ésta, está llena de proposiciones de sumisión que hace que la *vanidad* avance cada día más.

El complejo *“hijos de puta”* y el concepto *vanidad* como lo mencionamos antes, surgen de la vergüenza del indio ante el extranjero, al verse descubierto, este no sabía que poseía la más alta sabiduría según Gonzalez, la sabiduría de la tierra, de la unión de un pueblo original, la cristianización del español hacia el indio fue el robo más grande, no hubo un descubrimiento, ¡hubo un robo!, un despojo de la cultura que ha tenido consecuencias desde La Colonización hasta hoy. ¿Hasta donde nos llevará el complejo *“hijos de puta”*? Esta es una pregunta que es necesario retomar en la actualidad, necesitamos encontrar a Bolívar de nuevo, entenderlo como esa metáfora de la conciencia unificada de un pueblo que se manifiesta. “Ni por un instante hemos vivido para nosotros mismos, Suramérica no ha sido libertada sino aparentemente” (González, 1995).

Capítulo 2

“Colombia existe como tierra alindada, más o menos aceptada por el resto del mundo como república, es decir por convenio de política internacional, pero que no hay la nacionalidad colombiana, el pueblo colombiano, con sus pasiones, actividades, artes, filosofía, religión, costumbres vivas, comunes, vitales”. (González, 1995, pág. 10)

El filósofo antioqueño Fernando González, a lo largo de su obra, mostraba ya, una preocupación constante por su patria colombiana y veía con tristeza las considerables consecuencias que la vanidad y el complejo “*hijos de puta*”, había dejado en sus compatriotas a principios del siglo XX. Dichas consecuencias se proliferaban cada día más en su gente y se notaban en todos los aspectos de la vida cotidiana, uno de aquellos aspectos era, sin duda, el pensamiento.

Todo llegaba de fuera: libros, traducciones, ideologías. No había nada de malo en ello, pero en el pensamiento de González, siempre hubo una inquietud frente a la capacidad de creación del colombiano y del suramericano en general. La impasibilidad de estos, denotaba una fuerte admiración por lo extranjero, una inclinación que incluso muchos defendían con ardor, pero al contrario de lo que se espera, sentían desdén por su país, por lo cual, el pensamiento propio colombiano, quedó en el olvido.

Dicha situación no ha cambiado desde entonces, al contrario, según la visión del Maestro de escuela, esta ha empeorado; podríamos pensar en el olvido del pensamiento propio de Colombia, apenas como un atraso; sin embargo, un pueblo que se avergüence de su país e ignore sus raíces, no tiene salvación ni tierra en donde cosechar las semillas del pensamiento: “En Suramérica permanecen los hombres siempre de lectores, siempre de viajeros. Tienen vergüenza de su propia alma; se quedan con los vestidos ajenos... todos los jovencitos que han escrito y actuado en la Grancolombia, son púberes con barba” (González, 1995, pág. 42). Lo anterior viene ligado al desarrollo de la libre personalidad, desde pequeño el colombiano vive la *vanidad*, lo que impide que se auto exprese en la

madurez. El niño al no ser capaz de desprenderse de esta, termina por imitación en el complejo “*hijos de puta*”, ya que no tiene identidad, lo que conlleva a una imitación de lo extranjero y un desprecio hacia la patria.

No estamos hablando de una imposibilidad de pensar en Colombia o Suramérica, peor aún, de un hábito dañino que no necesariamente impide un pensamiento propio sino que exalta lo de fuera y hace ver como innecesario pensar en nuestra tradición de pensamiento o en nuestra tradición filosófica. Es por ello que en la cita anterior, Fernando González les alude a los intelectuales colombianos el calificativo de “púberes con barba” ya que aunque hayan vivido mucho y tengan gran conocimiento de la filosofía europea, no crean nada vivo, no se han dado cuenta de que viven en la imitación:

¿No es de vulgar observación que en Suramérica se lee mucho, que saben un poco de todo, que son vivarachos etc.? ¿No está la explicación en lo que acabo de anotar? ¿No observan todos que a pesar de leer tanto y saber tanto el suramericano nada crea? Pues muy fácil explicarlo: tienen vergüenza, simulan, leen, etc., porque están obligados por el coloniaje político, racial y literario, a considerarse como hijos de puta” (González, 1995, pág. 42)

Podríamos hacer aquí una analogía con el pensamiento de González y el de Kant, cuando este último sostiene en su texto: ¿Qué es la ilustración?, que la mayoría de edad no es aquella que se adquiere con los años, sino cuando el individuo deja la minoría de edad causada por él mismo y se sirve del entendimiento con este fin, a esto le llamó Kant *Ilustración*:

“La ilustración es la salida del hombre de su condición de menor de edad de la cual él mismo es culpable. La minoría de edad es la incapacidad de servirse de su propio entendimiento sin la dirección de otro. Uno mismo es culpable de esta minoría de edad, cuando la causa de ella no radica

en una falta de entendimiento, sino de la decisión y el valor para servirse de él con independencia, sin la conducción de otro”.¹

En ese sentido el colombiano no se ha acercado siquiera un poco a dicha ilustración. Ambos autores apuntan a un estado autónomo del ser humano, en donde no dependan de otros como guía. El colombiano, por su parte, no ha dejado ni por un instante de vivir a partir de unas premisas que no son suyas y que lo humillan, Fernando González en su obra “Los negroides” expone más a fondo cuales son estas premisas que aquejan al colombiano:

1º En cuanto negros, somos esclavos, propiedad de europeos, fuimos prostituidos.

2º En cuanto indios, fuimos *descubiertos*, convertidos; discutieron “si teníamos alma”; rompieron nuestros dioses; nos prostituyeron moral, religiosa, científicamente.

3º En cuanto españoles, somos criollos, sin poder “probar la pureza de sangre”.

4º Lo peor: Que somos mezcla de las tres sangres, *ocultamos* como un pecado a nuestros ascendientes negros e indios. Somos seres que se avergüenzan de sus madres, o sea, los seres más despreciables que pueda hacer en el mundo. En realidad, tal mezcla es un bien; pero en la conciencia tenemos la sensación de pecado. Vivimos, obramos, sentimos el complejo de la ilegitimidad².

Estas premisas siguen multiplicándose debido al *coloniaje* del que fue y sigue siendo víctima el colombiano, un estado del que no se ha recuperado, porque no hay un intento de demostrar su personalidad ni un reconocimiento de lo propio. Los intelectuales en su mayoría, no han mirado hacia su pueblo porque lo consideran poco fecundo para la filosofía y prefieren aceptar sin chistar los pensamientos y la filosofía extranjera.

Ya otros autores se han interesado por la filosofía colombiana, en 1960 cuando el sacerdote jesuita Jaime Vélez Correa preparaba un artículo para la revista “universidad de Antioquia” (No 143) con el título “Proceso de la filosofía en Colombia” no pensaba incluir la

¹ •Berlinerische Monatsschrift, diciembre de 1784. Traducción del profesor Rubén Jaramillo V. texto tomado de Argumentos No. 14 a 17, 1986.

² (González, 1995, pág. 96)

filosofía de Fernando González como representativa dentro de la filosofía colombiana, hasta que el médico Luis Alfonso Vélez Correa, hermano del sacerdote, le habló sobre El maestro de escuela. Fue así como el sacerdote le hizo llegar a González por medio de su hermano, una carta interrogándole acerca de la filosofía colombiana, cuestionándole si esta era posible o no, también sobre su filosofía y finalmente sobre su persona. Fernando González después le respondería al sacerdote con una carta de su puño y letra, en la cual hace una de las afirmaciones más fuertes y lamentables para Colombia:

“Así, pues, usted sí halla escritores filosóficos colombianos, pero es una actividad sin patria, sin pueblo: anárquica, como anárquica es nuestra “república”; colonial, como colonias son estos países suramericanos. Filosofía, culto religioso, arte, etc. que unas veces son franceses; otras, alemanes, otras, anglosajones; ya rusos; ora indúes, según la “moda” que impere. ¿Pero algo vital, manifestación de un pueblo, de una gente? ¡Nequaquam!”. (González, 1995, pág. 12)

González, con esta respuesta afirmó que no hay creación de una filosofía arraigada a Colombia o una filosofía que les diga algo de sí a los colombianos o, de la manifestación de su pueblo, incluso se podría hablar de una no identidad por parte de sus congéneres, y esto, según el autor, ocurre por el afán de copiar todo cuanto se puede del extranjero, a esto se refería Fernando González cuando habló de “moda”, porque esta es la que determina de qué pensamiento, de qué idea o corriente se debe hablar, es por ello que él no consideraba que hubiese una filosofía colombiana ni nada propio, porque Colombia no se ha manifestado y los colombianos andan sin una patria:

“no espere nadie hallar “filosofía colombiana”, es decir, esa actividad resultante de vernos individuos, huérfanos, y la viva necesidad de tener Padre y Madre, y que esa actividad tenga como hilo histórico las características de un pueblo, una gente, una patria”. (González, 1995, pág. 10).

En Colombia no hay conciencia de sí, no hay un reconocimiento de su propia historia, y mucho menos una patria. El colombiano, el despatriado (porque se siente así), es hijo de puta porque no ha descubierto su identidad, ¡no es más que un colono!

A partir de la anterior cita también podemos entender en Fernando González el concepto filosofía, como él mismo lo menciona, la filosofía no es el estudio de las últimas causas, sino la creación viva como manifestación de un pueblo que reconoce su historia, su cultura, su conciencia, su identidad y su autoexpresión. Por otra parte la definición de filósofo para González es la siguiente:

“Entiendo por filósofo el que se rebruja en las cosas de la vida, las revuelve, parece que vaya a tumbar el edificio del universo, y luego se para al pie de los árboles o en los rincones de la casa, como a escuchar, bregando por encontrar una sinergia entre él, el universo mundo y lo desconocido que está por detrás o por dentro” (González, 1972, pág. 65)

Fernando González en *cartas a Estanislao* esclarece esta cita, mencionando que todos filosofamos “bregamos por comprender” el contexto que nos rodea, sin embargo, el filósofo es el que se aventura a obtener su libertad, desligándose de la vanidad de su entorno. Teniendo esto como base afirmamos que no hay tal filosofía colombiana, la peor consecuencia de la vanidad ha sido no tener una filosofía propia.

Como lo hemos mencionado antes, aquel pueblo que ha sido colonizado adopta las ideologías de sus colonizadores, pero posteriormente se gesta una conciencia de sí, aquella conciencia propia que hace florecer la filosofía, si no hay una conciencia de sí, no hay filosofía colombiana:

“¡Durísima brega y larga! Si el elefante tarda 15 meses en gestar, una colonia tarda cientos de años en gestar la conciencia de sí misma. ¡Considere usted a estos pueblos caribes, centro y suramericanos! Medite usted en que ahora, cuando África, Asia y Oceanía *renacen* a la conciencia de su propia vida, aquí en estas Américas, Cuba y Venezuela (yo esperaba un poco de egoencia de Venezuela) no pueden concebir el liberarse del tutelaje sino entregándose como ansiosas ramerías al imperialismo ruso. El que es colonia por dentro, concibe la libertad como cambio de amo”. (González, 1995, pág. 14)

Liberarse de ese tutelaje, como lo llama Fernando González, representaría una conciencia de sí para el pueblo colombiano y por ende, la creación de un pensamiento genuino, obra de un pueblo. Pero el colombiano tiene miedo, se avergüenza, aún lleva a rastras el hecho de ser un bastardo sin identidad, porque la sociedad le ha enseñado que lo mejor es lo de fuera, que los pensadores de Europa son el modelo a seguir, y que debemos imitarlos, asentir a todo lo extranjero y que en eso radica la libertad, en decidir a quien seguir, el amo es aquel que esté de moda. De aquí, que El maestro de escuela haya propuesto la primera regla que un individuo o grupo de individuos debe seguir para gestar su conciencia: “1° No mentir (no aparentar ser otro; no pretender ser otro. O sea matar toda vanidad” (González, 1995, pág. 16) Si nos desprendemos de la *vanidad*, es decir, de la imitación, esta conciencia crearía la filosofía colombiana, es por esto que al no haber conciencia, no hay filosofía colombiana.

Posterior a Fernando González muchos otros filósofos, y en otro contexto, se han preguntado por una filosofía no solo colombiana, sino latinoamericana, nos adentraremos en dos de estos filósofos, los cuales también vieron como punto de partida la colonización de América para comprender la historia de Suramérica, y más propiamente, la evolución de su pensamiento, también vieron como problemática la imitación de Suramérica hacia lo europeo. Por todo lo anterior, en este trabajo se citará el pensamiento de Leopoldo Zea y Augusto Salazar Bondy con sus obras *La filosofía americana como filosofía sin más* y *¿Existe una filosofía de nuestra América?* Respectivamente

Leopoldo Zea plantea que gracias al mestizaje del americano, este fue relegado al estado de subhombre, lo que ocasiona que constantemente deba argumentar su humanidad ante un arquetipo preestablecido de Hombre por Europa. Este hombre europeo es aquel que se ve así mismo, como el Hombre sin más, que no permite justificaciones distintas a las impuestas. Lo que ocasiona que el Suramericano simule, calque y copie todos los sistemas europeos, aquí hallamos una similitud con el filósofo Augusto Bondy, el cual se refiere a lo anterior planteando que: “la realidad fue comprendida según la filosofía producida por Europa” (Bondy, 2006, pág. 28), con lo cual el americano adoptó una imagen del mundo importada, igual que sus corrientes, ideas, sistemas, tesis etc.

¿Es propicio entonces hablar de una filosofía en América? Leopoldo Zea entiende la filosofía como una herramienta transformadora que tiene su campo de acción en la política,

lo social, lo cultural etc. Teniendo esto en cuenta, este autor afirma la existencia de una filosofía Americana, ya que si bien, no está a favor de la imitación, sí se muestra de acuerdo con la asimilación y el acomodamiento de las doctrinas europeas, plantea que la adaptación de esos sistemas preestablecidos a la necesidades y, circunstancias propias del latinoamericano hace parte de un extraño filosofar, que no por extraño deja de ser filosofía; como el autor mismo lo menciona, el poema de Parménides no deja de ser filosofía ante, por ejemplo, Platón o Aristóteles. Esto demuestra, según Zea, que el hombre americano está dispuesto y que está luchando por salir de la subhumanidad, no creando grandes sistemas si no adaptando lo que su circunstancia le permite. América latina no ha sido una mala copia si no que se ha servido de esos sistemas para tomar conciencia de sí misma. Una de las soluciones para este fin, propuestas por el autor, es la emancipación mental, la cual se basa en: “deshacerse de todo pasado, de los hábitos y costumbres que alejaron a los latinoamericanos de la verdadera humanidad, de la verdadera cultura, que les hicieron caer en la infrahumanidad” (Zea, 1994, pág. 17).

Por el contrario, a este planteamiento, se coincide con Augusto Bondy cuando este sostiene que no hay una filosofía original, ya que al haber simulación: “no hay manera de considerar nuestras filosofías como un pensamiento nacional” (Bondy, 2006, pág. 29), no hemos logrado una autenticidad de pensamiento, solo hemos sido un devenir de repeticiones, no existe originalidad, genuinidad ni peculiaridad, sin embargo existe la posibilidad de que en algún momento sí surja una filosofía de nuestra América. La tarea, según Bondy, es resolver el conflicto histórico social, que está en la base de esas carencias que detienen al americano.

Tal vez si hallemos pensadores y escritores filosóficos, pero son muy pocos, porque nuestra América no ha encontrado aún su personalidad y autenticidad. Finalmente, los dos autores que nos conciernen encuentran otro punto en común, éste es, la universalidad en la filosofía. Zea manifiesta que ningún pensador se preguntó por la existencia de su filosofía, simplemente pensaban y creaban, Bondy por su parte, defiende que hay que hacer filosofía sin más, difiere con algunos filósofos que postulan que Suramérica es todavía joven u otras excusas con respecto a las circunstancias de esta.

No es difícil interpretar las diferencias entre El maestro de escuela y los autores antes expuestos, una de ellas es la asimilación a la que se refiere Leopoldo Zea como demostración de que sí hay una filosofía de nuestra América, esta “asimilación” para González no sería otra cosa que un sinónimo de imitación y por ende, de *vanidad*.

Con respecto al último punto, en el cual Zea y Bondy se encuentran de acuerdo, es decir, en la universalidad de la filosofía, según la postura de Fernando González, este nos diría que si bien la filosofía es una sola, hay que preguntarse por lo propio, crear un pensamiento nacional ya que, al estar presente el eurocentrismo, si hacemos “filosofía sin más” estaríamos cayendo en ese sistema, en donde no somos más que notas al pie de página, no se trata de justificarnos, como si tuviéramos que hacer una filosofía, para demostrar que podemos pensar, sino de crear nuestros referentes que respondan al contexto colombiano y a sus problemáticas, dejando atrás la pleitesía frente al europeo o cualquier otro extranjero.

El ser humano rebajado, humillado e incompleto es la semejanza más fundamental entre los tres autores: Gonzalez, Zea y Bondy. Se destacan estas características porque el pueblo Suramericano no ha podido en su imaginario social colectivo, cambiar la forma de verse así mismo, los presupuestos que rigen su vida desde todos los ámbitos, siguen atentando contra la historia de sus raíces, contra el pensamiento propio y la conciencia de sí, que tanto se necesita.

La Colonización según Fernando Gonzalez fue en principio un robo para nuestros antepasados, en la actualidad la situación es mucho peor, porque se convirtió en un robo consentido, no solo por parte de España sino de todos los extranjeros, los colombianos no solamente aplauden al ladrón, además lo admiran porque quieren ser como él y le han encomendado la mayoría de la obra colombiana, es decir, su cultivo, su infraestructura, su agricultura etc. En la carta XXXIX dedicada a la juventud de *cartas a Estanislao*, el autor retoma justamente este tema, menciona que:

“La superficie que ocupa un pueblo constituye el tesoro sagrado en donde debe vivir, o sea, dejar las huellas de su trabajo, perfeccionarse. Nunca debe permitir que su terreno sea abierto,

cultivado, amoldado por otros. Deshonroso para el hombre es el gozar de obras ajenas”. (González, 1972, pág. 80)

Según este enunciado, pueblo colombiano es el que debe con el sudor de su frente dejar la huella sobre la superficie por la cual camina, ya que esa superficie, según El maestro de escuela fue dada para manifestarse en ella, para cultivarla y plasmar con la obra hecha, su personalidad. Esto fue lo que denominó González como *civilizarse*. Lo que quiere decir que toda civilización es conocida por su obra, pero:

“¿Qué significado tiene un pueblo que llame a otros y les encomiende caminos, edificios, cultivos, aviones, etc.? ¿Podrá llamarse a tales gentes una nación? ¿No se dirá que son perezosos, que viven de ajena disciplina, que son deshonra del género humano?” (González, 1972, pág. 80)

La respuesta a la última pregunta es afirmativa y es la descripción de lo que se vive diariamente en Colombia, en especial, porque es un pueblo que desprecia a sus campesinos y en general a sus artesanos, el trabajo con las manos no se valora, lo que significa que no nos hemos civilizado, que no hay creación de una personalidad y mucho menos de una obra en la superficie que los represente como pueblo, otra consecuencia del *complejo “hijos de puta”*: “prima en Colombia el concepto de que civilizarse es comprar vestidos, automóviles y aviones. Los colombianos no presienten siquiera que civilizarse es trabajar y manifestar en la naturaleza física las características de la personalidad”. (González, 1972, pág. 80) El colombiano no ha entendido que si no crea en sus tierras, vendrá un extranjero que sí lo hará y se hará rico, mientras el primero compra lo que el segundo le dice que está de “moda”.

Colombia aún sigue siendo un país rico, tal vez no tanto como en los días del Maestro de escuela, pero lo es, sin embargo, dicha riqueza no ha servido más que como obsequio del pueblo colombiano que se siente ilegítimo hacia todos los extranjeros que sacan provecho de tanta “hospitalidad”:

“¡Mucho oro está produciendo Colombia! Pero las minas son de extranjeros. Bananos, ídem. El café tiene un precio reducido, cuando es la cosecha, y apenas está en manos de yanquis, sube... El platino ¿de quién es? ¿Cuyo es el petróleo? Únicamente la familia del general Ospina tiene unas pocas acciones en el Oleoducto, y otras pocas la del Ministro Urueta. ¿Qué producen las esmeraldas? ¿Qué las minas de Marmato y Supía? ¿Cuyos son los teléfonos y el correo y la navegación aérea?” (González, 1972, pág. 90)

Todo es extranjero, a esto se refería Fernando González, ¡nos invaden! y el colombiano calla, está conforme con esta realidad, porque en su imaginario social no existe el deseo de emancipación que lo saque del *complejo “hijos de puta”*, no hay nada vivo en ellos, no hay conciencia de sí y mucho menos egoencia. En un apartado de *cartas a Estanislao*, Fernando Gonzalez comentó que tuvo una discusión con un político:

“Ayer discutía con un político. Me decía: “Es irremediable que seamos dominados; somos pobres y débiles y el rico y fuerte siempre manda. Aquí no tenemos con qué explotar minas. La enajenación es tan irremediable como el hecho de llover, cuando hay nubes, etc., etc.”. (González, 1972, pág. 90)

Esta discusión ochenta y tres años después tiene una vigencia sorprendente, esta radica en que la mayoría de colombianos tiene ese pensamiento, es como si el político con el que habló González estuviese representando el pensamiento de toda una Colombia que se arrodilla, en donde sus ciudadanos van por la calle hablando y gritando que su país no podría mantenerse en pie sino fuera por el extranjero. A esta discusión Fernando Gonzalez respondió:

“Indudable que los sucesos tienen su motivación y que son explicables. Hemos vendido, porque somos unos niños perversos. El *nacionalismo* trata de ser disciplina, de crear motivaciones, de

estimular las fuerzas que intervienen en el devenir. Nacido en nuestro pueblo el sentimiento de egoencia, diferentes serán los sucesos”. (González, 1972, pág. 90)

En la anterior cita, Fernando González invoca a la egoencia como la salvadora, y al nacionalismo como la disciplina que serviría para crear el destino de Colombia, un nacionalismo con el que se identifiquen los colombianos que los llene de vida y de ideales. El colombiano no tiene que vender su patria ni sus tierras, porque de esta manera dejará a sus hijos sin un suelo al cual llamar hogar, la deuda que tiene el pueblo colombiano no es con el de fuera, es consigo mismo, con su país y con sus hijos, a los cuales no ha hecho otra cosa que dejarles la herencia de ser “*hijos de puta*”.

Capítulo 3

“Colombia está en podredumbre desde la muerte de Bolívar. Sufre la dictadura de borrachos y ladrones, porque el pueblo carece de salud; es como la res, que no está enferma porque tiene gusanos, sino que los tiene por débil”. (González, 1972, pág. 96)

Fernando González ha sido distinguido como el predicador de la personalidad, con lo cual, pretendía devolverle a Colombia la originalidad por la que tanto abogaba, su filosofía hace sin duda, parte de una originalidad colombiana propia de quién, preocupado por ver la *vanidad* en todos los actos de sus compatriotas, decide crear una filosofía nacional que incita a ver las cosas de otra manera y que sirve como referente a futuras generaciones, sin embargo, vemos en la actualidad que dicho propósito no ha sido cumplido, incluso podemos observar que al presentar un trabajo que tenga como temática la obra del filósofo antioqueño, la toman por poco seria y como si el trabajo no fuera filosófico, ya que la mayoría de colombianos siempre han desconocido o despreciado como filósofo a González, pero él era consciente de ello: “Oh, mi vida interrumpida de brujo! Porque yo propiamente no soy novelista, ni ensayista, ni filósofo (¡qué asco la filosofía conceptual!), ni letrado, sino brujo: brujería, el mahatma, el dios, el hijo de Dios” (González, 1959, pág. 41). Esto quiere decir que Fernando González prefería ser un brujo que estuviera en consonancia con el universo y con sí mismo en vez de aquel que ve la filosofía meramente conceptual como su oficio, tal como si la filosofía consistiera en ser etimólogo ¿falta rigurosidad en Fernando González? ¿Falta sistematización?, estas preguntas no son más que el reflejo de aquellos “*hijos de puta*” que se han pasado la vida en bibliotecas tratando de sistematizar conceptos que no son nuestros, que de por sí no le dicen nada al colombiano, que yacen en la base de las facultades de filosofía y que se transmite en todos sus estudiantes. Pero no es de sorprenderse, si le robaron a Simón Bolívar sus méritos ¿cómo no iban a desprestigiar la filosofía de Fernando González? ¡Que importa que no lo consideren filósofo! Existe una extensa obra que comprueba su filosofía:

“No se sigan preocupando por negarle a González el título o la condición o la fama de filósofo. Que él no lo quiso nunca. Ni lo pretendió. Y a los que aún le tenemos amor, los que aún sentimos esa patada-de-mula que fue su presencia, nos importa un pepino que lo borren del panteón de los filósofos. O que no lo admitan” (Aguirre, 1994).

Esa “patada de mula” a la que se refiere Aguirre, es la que despierta e incita a la manifestación y a la *egoencia*, aquellos profesores llenos de vanidad que parecen diccionarios andantes, nunca provocarán más que vanidad en sus estudiantes. Hemos llegado justamente, a una de las soluciones que propone Fernando González para abolir el complejo “*hijos de puta*”: La educación. Esta educación como la plantea el autor se aleja de la concepción que afirma que el profesor es quién enseña y por ende quién tiene el conocimiento. En el texto “Los negroides” González propone una educación en donde el pedagogo es partero, ayuda a otros a encontrarse, por lo tanto, nadie puede enseñar ya que el hombre llega a la sabiduría por el sendero de su propio dolor: “la emoción del conocimiento es lo que embellece. Me opongo a que les enseñen así: “ocho por siete...” Hay máquinas para eso” (González, 1995, pág. 20). Esta cita nos muestra que la figura del docente aparece en la propuesta del Maestro de escuela como un mero acompañante, ya que lo fundamental es que el niño aprenda a desarrollar un problema de cualquier tipo, sea aritmético, lógico, etcétera, a partir de sus vivencias y de su reflexión, con esto lo que el autor busca es que haya una creación propia, y que la respuesta nazca desde el interior de aquel que la busca, de lo contrario se estaría cayendo en la *vanidad* y de seguir en esta, ningún profesor recibiría nada vivo, solo las mismas formas muertas multiplicándose:

“Para ser maestro se necesita tener la belleza que se desea o se debe transmitir, y no la tienen, ni la pueden tener, los maestros de escuela colombianos, pobres, paludosos, barrigas de sapo y alcoholizados. ¡Bien! Ahí está el problema educativo: nuestros maestros no pueden transmitir sino desconsuelo: están enfermos...” (González, 1972, pág. 98).

Como lo menciona la cita anterior, ¿Qué cosa puede transmitir el desgano y la arrogancia con que algunos profesores miran a sus estudiantes? ¡Absolutamente nada! O por lo menos nada que sirva para salir de la *vanidad*, andan por ahí profesores que creen saberlo todo, se jactan de sus títulos, atemorizan a sus estudiantes y se enorgullecen de ello, pero cuando se les pregunta por su contexto colombiano, no tienen nada que decir. La filosofía que necesita Colombia es una filosofía propia, que no sea extraña en todos los sentidos, que no llegue de traductores, y que no le robe al colombiano su personalidad, es por ello que necesitamos una educación diferente, que nos incite a crear y no a imitar:

“Pero resulta que educar o instruir es cosa de rebaño. Muy diferente es la cultura, el Ministerio de la Cultura que necesita la Grancolombia. Aquí se trata de cultivar la individualidad, de crear las personalidades individuales y raciales. El niño no aprende: crea; el hombre se manifiesta, siente el poder interno, el orgullo y va perdiendo la vanidad” (González, 1995, pág. 73).

El ideal de escuela para González, surge entonces, como una escuela creadora en vez de enseñadora, los nuevos maestros tal como lo menciona González, deben odiar todo lo pasado para empezar de nuevo, cuando no había *vanidad*, esta escuela nueva debe ser desde luego, en donde no se les enseñe a los niños sino, que se les instigue a la manifestación, para que cada uno encuentre el método que tiene adentro.

Si bien, Fernando González plantea que no se enseña a ser libre, el niño desde pequeño imita, por lo tanto, sino se le incita a que desarrolle su individualidad y posteriormente su personalidad, hará lo que ve en sus padres, en este caso, que estos viven en la imitación y haría lo mismo. aquí reside el esmero del Maestro de escuela por enseñar, por predicar a las juventudes venideras, para salir del complejo de ilegitimidad:

“¡Nació mi verdadera vocación! Tengo ganas, Estanislao, de fundar escuelas en donde disciplinemos a la juventud..., para asombrar al mundo. Dame que pudiéramos establecer tres

escuelas, disciplinar dos generaciones, y Colombia sería grande. Hasta hoy, en cuatrocientos años que lleva de vida pública este continente, las generaciones han sido hechas para el miedo, la vergüenza, la esclavitud y el pecado” (González, 1972, pág. 83)

Las generaciones han sido hechas para el miedo porque el colombiano le teme a sus instintos, ya que cree que lo extranjero es indispensable para vivir, para la vergüenza porque se siente ilegítimo, es esclavo por propia decisión ya que se menosprecia y humilla, y finalmente culpable de pecado al no ser legítimo y por las ideas copiadas del catolicismo.

Así mismo, Fernando González soñaba con una escuela emancipadora en donde “el Rector de la Universidad Grancolombiana” dictara un curso para todos los estudiantes llamado filosofía de la personalidad ya que la Universidad hace comunistas a los hombres, es decir, propietarios del universo y conscientes de la unidad de éste; los hace anarquistas, es decir, capaces de vivir racionalmente, sin que otro los gobierne³, esta escuela lograría que cada vez más sus estudiantes desarrollaran su personalidad, teniendo en cuenta que la vida como la comprendía González es una escuela, a la cual se vino a manifestarse. aunque lamentablemente en Colombia día a día viven y mueren personas, que no han hecho sino simular, no han vivido ni un solo segundo para ellos mismos.

Es por lo anterior, que la cultura debe ser la guía que incite a la manifestación de la personalidad de sus ciudadanos, ya que según Fernando González, maestro es todo lo que incita la mente hacia la comprensión, es decir, el teatro, los mercados, los paseos, la calle, los hogares, etc., son órganos de la Universidad, así que esta no debe guiar a la replicación de premisas que fomentan la *vanidad* y hagan sentir al colombiano avergonzado de lo que es:

“la cultura consiste en desnudarse, en abandonar lo simulado, lo ajeno, lo que nos viene de fuera, y en auto-expresarse. Todo ser humano es un individuo, generalmente vive de opiniones ajenas. En Suramérica todos están en sueño letárgico, aquí nadie ha manifestado su individualidad” (González, 1995, pág. 15)

³ (González, Nociones de izquierdismo, 2015)

Por lo tanto es necesario preguntarse: ¿cómo entendemos en el pensamiento de Fernando González la Cultura? como: “ciencia y arte de desnudarse, de encontrarse así mismo” (González, 1995, pág. 37). Este arte es pues, la guía a una manifestación del pueblo colombiano, ya que el desnudarse implica simbólicamente quitarse los vestidos ajenos, es decir, dejar atrás lo extranjero y con ello la *vanidad*: “las leyes son ineficaces; el catolicismo es ineficaz; toda forma es ineficaz. La obra no vale nada sino como manifestación del espíritu. Lo único vivo es el espíritu y lo único eficaz son las disciplinas. CULTURA” (González, 1995, pág. 59). Esta concepción de la cultura dista mucho de lo que se entiende por esta en Colombia, todos andan preocupados pensando qué “moda” seguir o qué nueva tendencia extranjera adaptar, se escucha que el Ministerio de Cultura de Colombia en algunos de sus proyectos adoptará una iniciativa de aquel u otro país con el fin de fomentar la Cultura, ¡eso no es cultura, es imitación! Un Ministerio que robe ideas de otros países no puede brindar un futuro mejor a su pueblo: “la cultura cambia las motivaciones. En Suramérica cambiamos de nombres, conservador, liberal, clerical, radical. No hay cultura; las motivaciones permanecen, así como permanece el individuo que cambia de ropas” (González, 1995, pág. 55). Todo esto ocurre porque como ya lo hemos mencionado antes, los colombianos tienen vergüenza y se visten con los vestidos ajenos.

El desvergonzarse como arte es lo que conduce a la cultura, para esto, se debe tener conciencia de sí, no sentirse humillado por no ser español ni indio, es tener personalidad. La educación es por consiguiente, la que lleva a este arte tan poco conocido en Colombia: “programa para Suramérica: gobiernos legalmente fuertes y cultura. Crear y aprender; meditar y no leer; hacer y no importar. Inculcar en el pueblo la verdad de que gozar de obras ajenas corrompe” (González, 1995, pág. 76). Crear lo propio es natural de quien ya se ha manifestado, pero a falta de *egoencia* surge la *vanidad*.

Además existe una figura importante dentro de este proceso de tener personalidad y gestar una cultura como pueblo, esta es la del gobernante, quien según Fernando González tiene el deber cuidar amorosamente el tesoro aborigen, es decir, debe tener atracción y comprensión del indio, después debe luchar por la cultura: “Democracia es la encarnación de los complejos raciales en el gobernante, de tal modo que éste sea guía de la cultura,

partero de la personalidad de un país” (González, 1995, pág. 50). Según Fernando González la democracia en cambio, se practica como un método erróneo, como una creencia errónea que por medio de papeletas, en las que siempre interviene el fraude, el engaño y las pasiones más ciegas, se manifiesta la voluntad de un pueblo. Esta es justamente la lucha de González, para que el pueblo colombiano surja, deje atrás la vanidad y para que la democracia se practique como el arte de unir a un pueblo que ha estado gobernado por la *vanidad*, es por ello que el gobernante, en este caso el presidente colombiano debe ser el “partero” de todo un país, lo que implica que es este quien debe guiar a la manifestación de su pueblo, cosa contraria pasa a diario en Colombia ya que los gobernantes no son más que “vanidosos” sugestionados por Europa: “hoy están reunidos en el Congreso y las Asambleas, en Colombia. Todos son ilegítimos, es decir, todos se avergüenzan de la mamá; Presidente, Ministros, Diputados, obran y dicen torcidamente, simulando, avergonzados, sin orden, sin finalidad”. (González, 1995, pág. 83). Esto ocurre porque nuestros gobernantes según El Maestro de Escuela no han sido más que de la herencia de Santander, necesitamos por tanto a los de la herencia de Bolívar, más que capaces de gobernar, capaces de ser las guías de una cultura, hacedores de una patria que se vea reflejada en cada uno de los rostros de su pueblo. En Nociones de izquierdismo, Fernando González propone un presidente salido de la universidad que adopte las ideas de Simón Bolívar y que crea que una empresa libertadora es posible, en donde se pueda vivir una revolución y el patriotismo:

“Necesitamos, oh juventud, un presidente salido de la Universidad, que adopte el fin propuesto por el Libertador: honrar a la humanidad, dar nuestro aporte a la cultura; necesitamos un hombre cuya conciencia esté por encima de pequeños negocios, de pequeños odios y pequeños amores. ¡Viva nuestra revolución! Haremos volar con la dinamita del amor todas estas instituciones entreguistas; destruiremos estos robos organizados; seremos nacionalistas, pero como medio para «honrar la humanidad»” (González, 2015, pág. 27).

En la cita anterior, vemos otro concepto importante dentro de las soluciones que propone El maestro de escuela, este es el nacionalismo, entendiendo este último como un

movimiento que crea vida, es decir, que es manifestación de la personalidad de un pueblo que a partir de la autoexpresión individual se unifica por medio de la *egoencia*, es también sinónimo de patriotismo, un estado en el que todo el pueblo colombiano consuma sus instintos.

Además de las soluciones que se han expuesto para abolir la “vanidad” y por ende el complejo “hijos de *puta*” en ocasiones, se ha presentado a Fernando González como el propulsor del movimiento nadaísta, al cual ve con expectación y como una posibilidad de empezar:

“A los jóvenes hay que invitarlos a la inteligencia, para que se desnuden (viajen), y no a la desnudez. Ésta no es el fin, sino el viaje. Si reniegan del mundo, de su mundo, sin que se despeguen de él, entendiendo, enloquecerán o serán mera vanidad: ¡Los nadaístas! Suceso prometedor o desastroso; expresa esto: ¡para los colombianos llegó la hora de nacer o de ser nada!” (González, 1959, pág. 42)

Como lo mencionamos antes, el hecho de desvergonzarse y para ello desnudarse (quitarse los vestidos ajenos) es el medio por el cual se llega a la cultura como arte. El nadaísmo por otro lado, se vería como un aspecto esperanzador en donde el ser humano se preguntaría por el sentido de la vida, los valores etcétera, serían estos entre muchos otros aspectos los proyectos a realizar, pero también sería una forma de empezar, con premisas creadas por el mismo pueblo, el nadaísmo como muerte de la *vanidad* representaría el nacimiento del colombiano que se siente orgulloso de la mezcla de su raza y no como hijo bastardo.

El maestro de escuela, en su lucha como predicador de la personalidad en Suramérica, propone un movimiento junto con el nacionalismo, que impulse la creación del pueblo colombiano, este es el izquierdismo, en el primer numeral de “Nociones de izquierdismo” menciona que los izquierdistas son, pues, el verdadero liberalismo. La disciplina es suya y no de las fuerzas reaccionarias. Recalca que el izquierdismo consiste esencialmente en la

escuela viva. Lo cual quiere decir que no pretendía dominar, sino lograr echar raíces en su propio pueblo para crear algo vivo, es decir algo original en donde el comunismo no es partido político, es creación vital. Asimismo el autor mencionó a partir del numeral IV del mismo texto, las nociones madres del izquierdismo:

1ª En esta primera noción Fernando González manifiesta que no existe vitalidad que no sea producto de un pueblo, ya que aquello que está desvinculado del pueblo, es efímero. Además postula que las estructuras sociales deben ser democráticas, sin embargo esta última palabra no tiene el significado con el que se le conoce en la actualidad, ya que el autor la define como organización vital.

2ª En la segunda noción el autor plantea que toda estructura social es creada, perfecciona y funciona para el cultivo del pueblo, por lo tanto la finalidad de la universidad es agrandar la conciencia humana, el fin del gobierno es hacer hombres libres, el fin del matrimonio es hacer hombres capaces y de igual manera para cada estructura que sea creada.

3ª Para entender esta tercera noción, según González es preciso tener la conciencia un poco desarrollada; ya que es necesario vivir en el sentimiento de la evolución, saber que la vida es una promesa; que no hay verdad sino nociones y que el hombre es un actor cuyo teatro son las formas: lenguajes, modales, etc. Por lo tanto, el objetivo de la vida para el individuo es la autoexpresión, siendo la tierra teatro para la expresión humana.

4ª En esta noción el autor solo acude a una cita de Benjamín Herrera “La patria está por encima de los partidos”

5ª En la última noción Fernando González dice que el Estado ejerce autoridad sobre el pueblo en proporción a la ignorancia de éste y con el único fin de que se haga libre mediante el conocimiento, esto último sería la función principal del Estado.

Estas nociones son, entonces la forma en que Fernando González consideraba al izquierdismo, no como una inclinación política, sino como el medio por el cual, se adquiere una conciencia de sí como pueblo.

El liberalismo, el nacionalismo, y el izquierdismo hacen parte de la revolución propuesta por Fernando González, el canal que llevarían a la *egoencia*:

“Al estado anímico que llamamos liberalismo se llega mediante la cultura; liberalismo es ascenso, es un estado mental y emotivo premio de grandes disciplinas. Pero en la Grancolombia ese nombre ha sido rótulo de la vanidad. Desde la infancia puede pronosticarse quién será liberal o conservador, según camine vanidosa o hipócritamente. De ahí que las carreteras, los aviones, las máquinas todas, toda la técnica sea ineficaz, igualmente ineficaz al cambiar los nombres políticos” (González, 1995, pág. 57).

Colombia es testigo de que esta cita se vivencia día a día, no ha habido cambios, solo hay cambios de nombres para los mismos ideales ajenos, tal vez en la actualidad no se viva la lucha entre conservador y liberal como en los días del Maestro, pero aún evidencia que hay un desprecio por los que son de izquierda, lo que da cuenta que no hay una conciencia de pueblo, ya que sin importar si se es conservador o liberal lo importante es emanciparse, salir del coloniaje, sino es por el liberalismo o conservadurismo que sea por otro medio que rompa con las formas muertas, es decir con el pecado y la vergüenza de no ser “puros de sangre”.

Se han tratado las soluciones fundamentales que propone Fernando González para que el pueblo colombiano deje su existencia vanidosa, sin embargo estas propuestas hacen parte de una empresa libertadora que no ha cumplido su función, ya que esta empresa no tiene dirigentes y yace vacía en algún lugar de la memoria de quien ha leído las obras del Maestro de Escuela y de quien ve con tristeza, la indiferencia de sus compatriotas pero al final se resigna, porque al fin y al cabo Colombia es el lugar de los “*hijos de puta*”

Conclusiones

1. El “*complejo hijos de puta*” nace de la vergüenza que el colombiano sintió al verse descubierto en el proceso de la Colonización, ya que al haber ocurrido una mezcla de razas, (entre indios y españoles) el hijo criollo se jactaba del padre y despreciaba a su madre, creándose una ilegitimidad de sangre, debido a que este no era indio ni español lo que lo indujo a la *vanidad*, es decir a la imitación de ideas, cualidades, modelos, constituciones...extranjeras.
2. La principal consecuencia del “complejo hijos de puta” es según Fernando González no tener filosofía, ya que al no haber conciencia de sí no hay filosofía tal como la planteaba el autor, es decir, como la manifestación de un pueblo y con la cual se identificaran cada uno de los ciudadanos de dicho pueblo.
3. la educación, es para el autor la solución primordial para contrarrestar al “*complejo hijos de puta*” ya que esta educación no esta vista de la forma tradicional sino una en donde el pedagogo es partero, esto quiere decir que ayuda a otros a encontrarse, ya que cada uno tiene su método adentro, así que la misión de la escuela es instigar al desarrollo de la libre personalidad, de igual manera el izquierdismo, el nacionalismo y el liberalismo, son tratados por el autor como la solución no como una inclinación política, sino como el medio por el cual, se adquiere una conciencia de sí como pueblo

Referencias

Aguirre, A. (27 de febrero de 1994). El brujo Fernando González. *Magazín Dominical de El Espectador* nº 565 .

Ánjel, J. G. *Fernando González y la independencia* .

Bondy, A. S. (2006). *¿Existe una filosofía de nuestra América?* México: Siglo veintiuno.

García, A. R. (2016). La filosofía política de Fernando González: la lucha por la personalidad del pueblo suramericano. En A. varios, *Política, ensayo y ficción* (págs. 101-140). Medellín: EAFIT.

González, F. (1972). *Cartas a Estanislao*. Medellín: Bedout.

González, F. (1994). *El Remordimiento*. Medellín: Universidad de Antioquia.

González, F. (1959). *Libro de los viajes o de las presencias*. Medellín : Aguirre Editor.

González, F. (1995). *Los negroides* . Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana .

González, F. (1974). *Mi Simón Bolívar*. medellín: Bedout.

González, F. (2015). *Nociones de izquierdismo*. Medellín: Fondo Editotial Universidad EAFIT.

González, F. (1971). *Santander*. Medellín: Bedout.

González, F. (1995). *Visto por sí mismo* . Medellín : Universidad Pontifica Bolivariana .

Muñoz, F. (2009). *La visión crítica y provocadora de Fernando González sobre la independencia de Colombia, Simón Bolívar y Santander*.

Rojas, L. A. (2008). *identidad cultural colombiana en Fernando González Ochoa*. Medellín: Universidad De San Buenaventura.

Zea, L. (1994). *La filosofía americana como filosofía sin más*. México: Siglo veintiuno.